

**30 junio/2000 (END)**

## **LA VIL ENVIDIA Y SUS MULTIPLES DISFRACES**

**Por Agustín Saavedra Weise**

Repasando viejas lecturas, volví a revisar algunos capítulos de un libro que realmente se lo recomiendo al amigo lector. Se trata de “La envidia igualitaria”, por Gonzalo Fernández de la Mora (Sudamericana-Planeta, Buenos Aires). El autor es español, abogado y filósofo. Su obra toca uno de los aspectos más sensibles de la sociedad contemporánea: la envidia, que la define como “sentimiento desdichado individualmente y socialmente demoledor”. Expresa luego: “es la envidia la que frustra las grandes capacidades personales, sobre todo en las acciones colectivas”.

Podemos coincidir todos: en Bolivia faltan oportunidades y muchas veces más que envidia, prevalece una suerte de justa indignación popular causada por la palpable constancia –y descarada ostentación- de riquezas mal habidas, frente a la mayoritaria pobreza.

Aunque el país no genera todavía auténticas vías favorables para la superación y seguimos arrastrando lamentables males endémicos, ni en estas circunstancias debería haber tanto margen para la envidia, factor patológico que envenena el alma humana. Por ser tan dañina, la envidia es extremadamente negativa y obstaculiza el desarrollo armónico de una comunidad.

La envidia se disfraza hoy mediante hábiles sofismas. En algunos casos se trata de lograr la “igualdad”. Entonces, hay que “reventar” al que tiene valores materiales legítimos en aras de esa utopía. El negativo valor subyacente es la envidia contra el poseedor de algo. En otras instancias, la envidia se presenta disfrazada bajo el manto de la lucha contra hipotéticas “corrupciones” o “hechos ilícitos”, los que quizá no tuvieron lugar -o fueron mínimos- pero mediante el uso abusivo del poder y/o de los medios comunicativos, son hiperdimensionados y exagerados. El único objetivo: dañar la honra ajena, perjudicar al individuo “x”, blanco de turno de las acusaciones. La meta oculta: satisfacer una “vendetta”, antipatías personales, lograr el forzado o voluntario alejamiento de la víctima. O quizá peor: con el escándalo se trata de “emborrachar la perdiz” para distraer a la gente y hacerla olvidar temas de mayor importancia. En suma: son variadas las sórdidas facetas con que se disfraza la vil envidia.

El autor del libro que cité al principio, tiene algunos pensamientos contundentes con respecto a su país acerca de la envidia y ellos son de validez casi global. Veamos: “El español se complace en la gloria del extranjero y al mismo tiempo le atormenta una cierta tristeza y disgusto de las glorias de su nación”. Si cambiamos español por boliviano, no

estaríamos muy lejos de realidades que observamos casi a diario... Sigamos: “Los españoles persiguen con envidia a todos sus grandes hombres, les amargan la existencia y generalmente logran detener pronto sus triunfos.” ¿Acaso no tenemos en nuestra propia historia boliviana y hasta en medio de conflictos internacionales, ejemplos similares?

Continúa Fernández de la Mora: “Un pueblo ingrato suele padecer los gobiernos que se merece, o sea los que se sirven de él en vez de servirle”... “La envidia no sólo mueve a la ingratitud hacia los mejores, sino a la apología de las medianías y aún de los peores”. El camino hacia la “kakistocracia” (kakistos: lo peor, cratos: gobierno), hacia el gobierno de los peores, queda trillado, tal como comenté en dos notas anteriores hace más de una década... Prosigue nuestro autor: “La envidia es el estado de ánimo que más obstaculiza la promoción, el reconocimiento y la utilización del hombre superior. El envidioso trata de que ese tipo de persona no exista; si a pesar de ello surge, la posterga; y si no obstante sobresale, la denigra”... “Los envidiosos prefieren a los ínfimos para sentirse superiores”.

Fácil es colegir que una nación dónde existen –en distintos grados y con naturales excepciones- tales anomalías, disminuye drásticamente sus posibilidades de superación. Sin entrar en sofisticados análisis, es penosamente el caso de Bolivia y una de las causas de su atraso.

Hay muchas maneras de combatir la envidia. Hasta los preceptos evangélicos nos señalan que debemos alejar de nuestras mentes y de nuestro comportamiento ese malsano virus individual y social. Empero, la mejor y más eficaz terapéutica contra la envidia es la creación de igualdad de oportunidades para todos y tomar conciencia acerca de la necesidad de hacer que los verdaderamente mejores, en cada rama y rubro de actividad, sean emulados en lugar de ser rechazados. Como dice nuestro glosado autor, "Hay que estimular a ser más, no estimular a rebajar al otro y cuando eso sucede, patológicamente sentirse igual o mejor".

En la superación de resentimientos y rencores promovidos por la venenosa envidia, la Némesis de los mediocres, quizá esté gran parte de la respuesta a los desafíos que enfrentará Bolivia en el tercer milenio que ya transitamos.

-----0000-----